

# LA CUEVA DE LAS TRES VENTANAS (CORULLÓN) Y LOS INICIOS DE LA EDAD DE LOS METALES EN EL BIERZO

J. FERNÁNDEZ MANZANO\*, M.<sup>a</sup> D. FERNÁNDEZ-POSSE\*\*,  
y C. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ\*\*\*

Con la colaboración de F. PASTOR VÁZQUEZ

Y también en esta ocasión, desafortunadamente, la ignorancia se alió en contra de la salvaguarda de nuestro Patrimonio Arqueológico.

Fruto de una prospección clandestina realizada durante la primavera de 1984, se descubriría un yacimiento arqueológico en la cueva de "Las Tres Ventanas", situada en el término municipal de Corullón (León); concretamente, en un pequeño farallón rocoso a cuyo pie discurre el río Burbia. Una vez advertida la fertilidad arqueológica de sus sedimentos sería de inmediato sometida a una sistemática labor de saqueo, tan intensa, que en la actualidad tan sólo se conservan pequeños retazos de suelo, de modo que el pavimento de la cueva aparece mayoritariamente formado por la roca madre.

La tierra extraída de la excavación, con absoluto desprecio a cualquier tipo de referencia estratigráfica o de registro —de hecho casi nada recogerían al no toparse con objeto alguno de valor intrínseco—, se arrojó a un estrecho pasillo fuertemente ataludado existente entre la boca de la cavidad y el río. Los trabajos serían abandonados en los últimos días del mes de abril, al tiempo en que, fortuitamente, tuvo noticias de los mismos D. José Luis Rodríguez Pintor, quien, advirtiendo el enorme valor histórico de los documentos expoliados y ante el inminente peligro de su desaparición —arrastrados por la lluvia hacia el río—, decidiera recabar toda la información posible de las actuaciones en el yacimiento. Su labor se orientaría, por un lado, a la encuesta a los clandestinos, en cuya memoria se conservaban aun muchos de los datos del expolio; el tamizado de los sedimentos excavados constituyó la segunda de sus tareas, mientras que en un intento de detallar la secuencia estratigráfica procedería a refrescar los perfiles de alguno de los hoyos.

El resultado de las mencionadas actuaciones, se habría de concretar en la recuperación de algunos fragmentos cerámicos, una pequeña muestra de industria ósea

---

\* Universidad de Valladolid.

\*\* Ministerio de Cultura. Madrid.

\*\*\* Universidad de León.

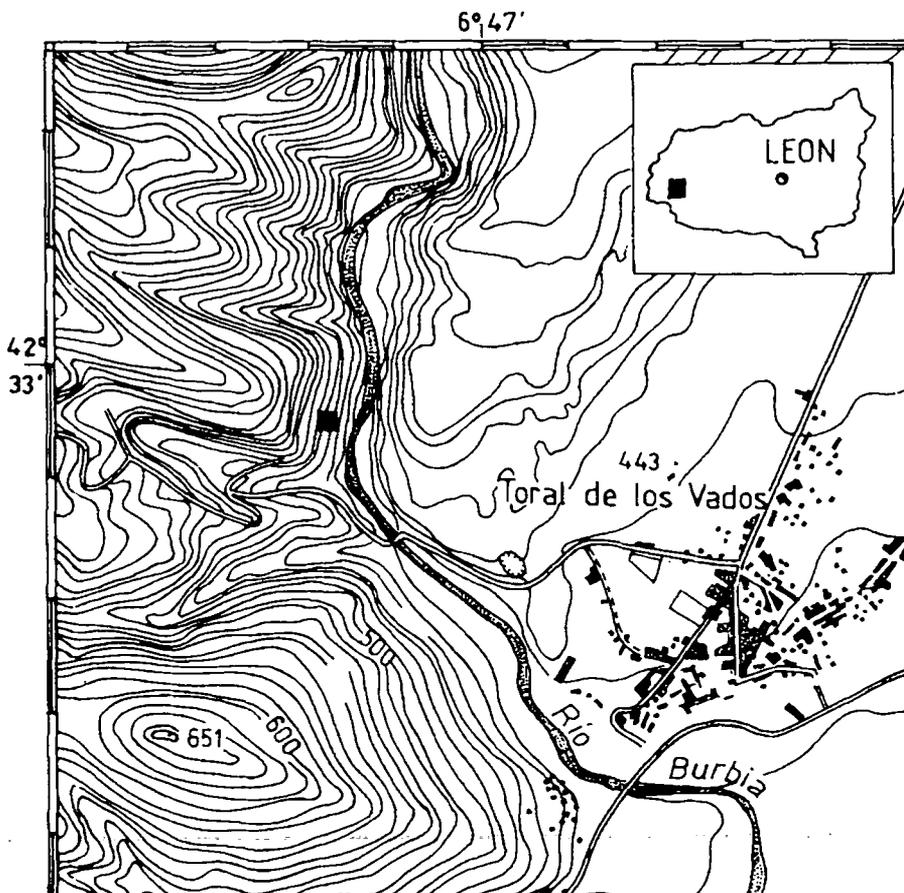


Fig. 1. Localización de la Cueva de las Tres Ventanas sobre MTN 1:25.000. Hoja 158-III.

y lítica, además de diversos restos antropológicos y de fauna. Y le fue posible, asimismo, establecer un esbozo de estratigrafía arqueológica cuya validez, sin embargo, dista mucho de ser la adecuada, dada la imposibilidad de adscribir a un nivel concreto los diversos objetos recuperados en la escombrera. Todos estos materiales arqueológicos, como la información recogida, serían adecuadamente archivados por el Sr. Rodríguez Pintor, quien, a finales de 1986, decide redactar un informe acerca de sus labores de rescate, siempre desde una posición de aficionado confeso, y con el objetivo primordial de que el descubrimiento no se perdiera para el mundo científico. Hoy, tres lustros después de la excavación, los restos arqueológicos se custodian en el Museo del Bierzo, en Ponferrada.

De toda esta documentación nos servimos para efectuar nuestro estudio, lastrado por las circunstancias adversas comentadas, y ello por más que no dejemos de reconocer entre ellas un adecuado tratamiento de aspectos tales como la restitución

topográfica de la caverna, o el interés del autor por reconocer otros sitios arqueológicos en el entorno de la misma mediante una intensa prospección. Pese a todo, no deja de ser cierto que partimos de una documentación de segunda mano; carecemos de muestras para efectuar la pertinente reconstrucción paleoambiental; no tenemos seguridad de si los materiales arqueológicos corresponden a uno o más niveles de ocupación, e ignoramos asimismo, si la estación puede tildarse de “cueva sepulcral” o, por el contrario, los restos humanos allí documentados corresponden tan sólo a enterramientos ocasionales, intrusivos, en un lugar que tradicionalmente se utilizara como habitación.

Son muchos, pues, los obstáculos para efectuar una correcta evaluación de este yacimiento, si bien la conveniencia de darlo a conocer queda fuera de toda duda toda vez que el mismo, amén de la aportación de orden histórico y patrimonial, posee el valor emblemático de constituir el más antiguo vestigio de ocupación de la cubeta berciana, no lejos del 2500 a. C., excepción hecha de unos pocos hallazgos líticos tallados y hachas pulimentadas, siempre recogidos al margen de cualquier contexto arqueológico definido, en clara posición secundaria.

## EL YACIMIENTO

La cueva de “Las Tres Ventanas” se localiza coincidiendo con las coordenadas 42°33'32" de latitud y 6°47'14" de longitud, según la hoja nº 158-III del MTN, escala 1:25.000, punto que viene a coincidir con el extremo suroeste de término municipal de Corullón, en un lugar muy próximo al pueblo de Toral de los Vados. La cavidad, como reseñáramos, se abre en un roquedal contiguo al río Burbia –la Peña de La Perdiz– cuyo frente se orienta al noreste. Su acceso resulta hoy difícil desde la propia ladera donde se ubica, de acusada pendiente y colonizada por una tupida vegetación de monte bajo, por lo que la aproximación a la misma ha de efectuarse vadeando el río desde su margen contraria, la izquierda. Se halla, por lo demás, a una cota de 450 m. sobre el nivel del mar, en torno a una docena de metros por encima del ras del curso fluvial, que discurre encajado en un tortuoso relieve, de 750 m. de altitud media a poniente y más abierto hacia el este donde tras ganar un nivel similar al de la cueva, enseguida surge el fondo de la depresión tectónica berciana.

Pese a su denominación de “Tres Ventanas”, son tan sólo dos, sin embargo, las aberturas al exterior de la caverna; cada una de las cuales caracterízase por poseer un pequeño vestíbulo, de forma rectangular el oriental (la Ventana Grande) y con una superficie próxima a los 7 m<sup>2</sup>; en tanto que el segundo (la Ventana Pequeña), de diseño pararectangular, a duras penas alcanza los 4 m<sup>2</sup>. Una y otra antesalas, separadas entre sí casi 5 m, se comunican internamente mediante una galería de 50 cm. de anchura media, y de cada una de ellas parten igualmente sendos pasillos, estrechos en casi todo su recorrido –entre 40/75 cm de ancho–, que, tras discurrir en paralelo durante un tramo próximo a los 22 m, confluyen para prolongarse durante otros 15 m, al término de los cuales acaba formando un pequeño camarín de 1,40 m de diámetro y otro tanto de alzado.

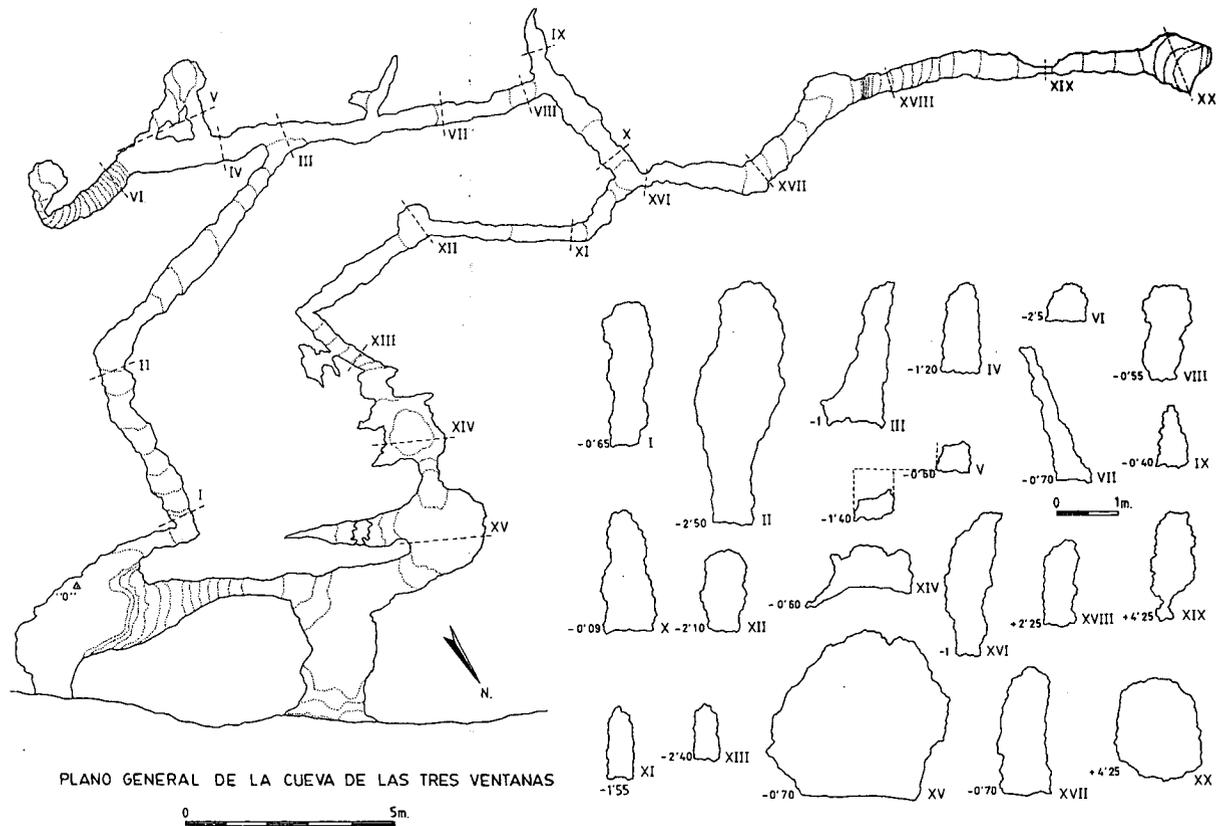


Fig. 2. Topografía de la Cueva de las Tres Ventanas (realizada por L. Rodríguez Pintor).

A su vez, la cueva posee una altura que oscila entre cerca de 4 m en los zaguanes, y un poco más de 50 cm en algunos tramos de los túneles, ofreciendo en general un techo próximo a los 2 m, transitable así sin apenas dificultad, aunque en modo alguno tal circunstancia delata unas buenas condiciones de habitabilidad. Y a ella se opone, sobre todo, el hecho de que gran parte de su superficie discurra por angostos pasadizos, limitándose las áreas más abiertas a los dos vestíbulos y un tercer ensanchamiento ubicado unos pocos metros más allá del zaguán grande. En total, un espacio realmente útil de unos 15 m<sup>2</sup>, que nos permite mejor hablar de un covacho, y ello por más que todavía en algunos tramos de los pasillos se encontrarán diversos restos arqueológicos, seguramente desechos arrojados ocasionalmente por los antiguos moradores, que no el resultado de los detritus generados por una frecuentación continuada de aquellos sectores.

Geológicamente, se trata de una formación situada en un medio predominante de pizarras y cuarcitas gestadas durante el Cámbrico Inferior, en cuyo seno a veces aparecen embutidos una serie de paquetes calcáreos y dolomíticos muy estrechos, orientados de forma habitual en dirección NW/SE y con buzamiento vertical, cuya disolución habría de generar ésta y otras cavidades contiguas que, como la de Las Tres Ventanas, ofrecen unos corredores de poca anchura, dada la resistencia de las rocas encajantes a los ataques erosivos de cualquier naturaleza. Este será el sustrato litológico que caracteriza a la margen derecha del río Burbia en las inmediaciones de la cueva, el mismo que emerge en la orilla contraria, en este caso, no sin antes transitar durante unos centenares de metros por algunas manchas de glaciares formados por cantos de cuarcita y arcillas correspondientes a arrastres modernos, jalonados más a naciente por arenas, limos arenosos y aglomerados.

La zona está sujeta a un régimen pluviométrico que oscila entre los 76 mm durante el mes de enero, siendo el mes de julio el que, en el extremo contrario, apenas si alcanza los 16 mm. de precipitaciones, con un total anual de 598 mm. Las temperaturas, por su parte, se enmarcan entre los 21,6° obtenidos durante el estío, en el mes de julio, y los 4,9° registrados en enero, siendo la media interanual de 13,1°. La zona se incluye así en el dominio climático mediterráneo, matizada por el atlantismo que le confiere su posición en el noroeste peninsular (índices promediados de los años 1939-1960, en la estación de Ponferrada).

## LA PROSPECCIÓN DEL ENTORNO

Cual refiriéramos, la labor arqueológica no sólo se habría de centrar en la propia cueva, sino que se efectuó asimismo un reconocimiento exhaustivo del entorno a fin de determinar la existencia de otros vestigios arqueológicos con los que relacionar los de las Tres Ventanas; de fijar, en definitiva, si se trata de un yacimiento aislado, o de si, por el contrario, existieron otros asentamientos que, bien contemporáneos, o bien en solución de continuidad o precedencia, pudieran aportar datos acerca del poblamiento prehistórico de la zona y su evolución. Con este propósito se prestaría especial atención a otras cuevas existentes en el entor-

no, como la contigua de “La Estaca”, que, a decir de su prospector, “reune en principio las mejores condiciones de habitabilidad”, dado su mayor tamaño y orientación adecuada de la entrada, hacia el oeste. En la margen izquierda del río se revisó la del “Horno”, así como otras pequeñas galerías y agujeros ubicados en su proximidad. En ninguna de las cavidades se hallaría resto antrópico alguno que no fueran residuos actuales –plásticos, colillas...–, descartándose en principio su ocupación pretérita ante la inexistencia del “...tipo de tierra con humus, brasas y cenizas en las que aparecen mezclados fragmentos cerámicos”, como la detectada en las Tres Ventanas.

Los cerros circundantes también serían objeto de un rastreo arqueológico sistemático, siempre negativo, salvo el descubrimiento de algunos arranques de pilares de mampuestos en el Cerro de San Antonio –vestigios del documentado convento de Cabeza de Alba–, o el bien conocido castro de Picoferreiro, en Paradela del Río, cuya clasificación, dentro del Hierro avanzado, anula su interés en el contexto del presente estudio.

## UNA APROXIMACIÓN A LA ESTRATIGRAFÍA

Desde luego, y a la vista de lo hasta aquí comentado, el punto de partida para efectuar una reconstrucción de esta naturaleza ni mucho menos se presentaba favorable: “...la cueva ofrecía un aspecto lamentable, con cinco zonas de extracción de material, la más extensa y más fértil en materiales arqueológicos situada en la sala interior de la Ventana Grande”. Le fue posible al Sr. Rodríguez, pese a todo, intuir la existencia de dos niveles; uno más superficial que albergara los restos arqueológicos, y el infrayacente, que correspondería al suelo de la cueva en su estado natural, previo a la intromisión humana.

El primero de ellos, tapizado por una leve superficie arcillosa y de pequeñas piedras calizas –una diferente capa, en rigor–, se caracteriza por su coloración oscura, conferida por numerosos elementos de origen antrópico –con una alta concentración de humus y cenizas de hogares–, y desarrolla una potencia media de 50 cm. Se apunta la posibilidad de que parte del mismo fuera introducido deliberadamente en la cueva a fin de obtener una superficie horizontal; de la misma manera que se alude al hecho, lógico como vimos, de que tales depósitos se documenten casi en exclusiva en los espacios más diáfanos de las galerías, ésto es, en la entrada de una y otra bocas y en la sala interior de la Ventana Grande. Por su parte, el sustrato inferior se manifestará de diferentes maneras según los sectores de la cueva. Así, la roca madre aflora en el corredor de comunicación entre ambas ventanas; en forma de grandes cantos rodados y arcillas, en superficie igualmente, surge en los tramos de galería más interiores, mientras que en el zaguán de las dos ventanas y la sala interior de la Ventana Grande, fosilizado por el nivel I, aparece en forma de arcillas con pequeñas piedras calizas, con una potencia variable, que oscila entre media y dos decenas de centímetros de sección.

En un afán de reproducir con fidelidad todo el proceso de excavación, el autor efectuaría una cubicación del total de la tierra removida, según la cual, 2,5 m<sup>3</sup> se

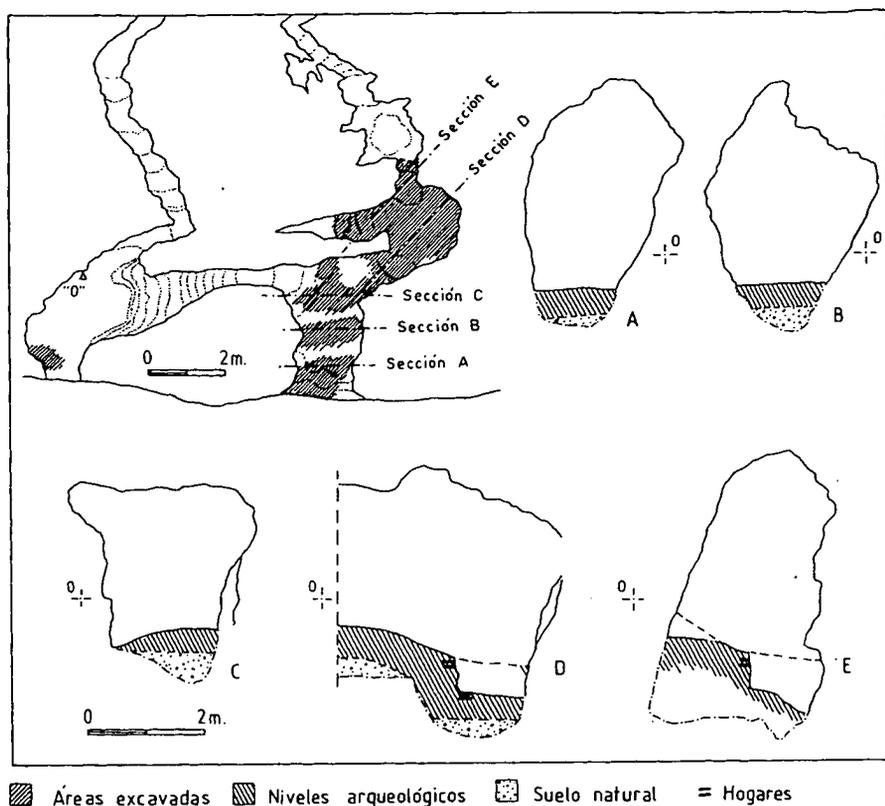


Fig. 3. Localización de los lugares de la cueva donde se efectuara el saqueo de los clandestinos; con algunas secciones de los vaciados (realización, L. Rodríguez Pintor).

habrían extraído de la antesala de la Ventana Grande; hasta  $4,5 \text{ m}^3$  procederían de la Sala Interior, mientras que otros  $2 \text{ m}^3$  más se habrían obtenido, el uno del vaciado de una grieta yuxtapuesta a ese mismo compartimento, y el segundo de un sondeo frente a la entrada donde, además del cribado de sedimentos previamente desmantelados del interior, se practicó una cata que sería pródiga en hallazgos cerámicos. No parecería mucho, en principio, el volumen de la tierra desplazada, a no ser porque al menos las tres cuartas partes del yacimiento han sido destruidas, restando tan sólo intacto un sector del zaguán de la Ventana Pequeña y algunos retazos marginales de la Grande. Fue aquí, de hecho, donde se concentró el mayor esfuerzo de los saqueadores.

En definitiva, en todas aquellas zonas más aptas para la ocupación humana se documentaría esta secuencia bifásica —en ocasiones con un tercer manto, superficial, muy leve de formación más reciente— dispuesta tanto en horizontal, cuanto buzada en ocasiones, adaptándose así a la superficie más o menos irregular del piso calcáreo. Nos han sido legadas cinco secciones de esta estratigrafía, tres de las cuales fue-

ron realizadas en el pórtico de la Ventana Grande, y las restantes en el habitáculo contiguo, un poco más de dos metros hacia el interior (Fig. 3). De esta última zona procederían muchos de los materiales recuperados, entre los que habría que destacar, amén de los mayoritarios cerámicos, tres pequeñas áreas con otros tantos hogares que se manifestaran mediante "...terrones de ceniza endurecida y ceniza en polvo".

## LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA

Además de los hogares mencionados, el restos de los objetos, seguramente una parte de los que en realidad se extrajeran, se concretan en pequeñas colecciones de cerámicas, industria lítica y ósea, completándose con otros conjuntos antropológicos y faunísticos (vide apéndices).

En concreto, por lo que a la primera se refiere, la cerámica, y pese a tratarse de un repertorio nada prolijo, en torno a dos centenares de fragmentos, constituye el elemento diagnóstico clave para efectuar la clasificación cultural de esta estación arqueológica, y ello por más que, mayoritariamente, los mismos apenas si sobrepasan la categoría de meros añicos, lisos a mayor abundamiento. Su consideración por esta causa, apenas puede ir más allá de señalar el absoluto predominio de barros realizados a mano; de la frecuencia de cocciones reductoras o del aspecto cuidado de las pastas, bruñidas de forma habitual, y siempre en aquellos recipientes que ostentan decoración. Bajo estos criterios encajan de hecho buena parte de las cerámicas que configuran el inventario, aunque no en su totalidad, pues como el mismo autor asume en su breve memoria, es posible que nueve fragmentos –y efectivamente los son, tal como hemos podido comprobar– fueran en realidad torneados. En lo irrelevante de su tamaño radica también la imposibilidad de determinar su forma, aunque no descartamos constituyan vasos de época medieval con los que seguramente haya de relacionarse la "lanceta de hierro" recogida en este mismo contexto.

Por estas razones, de los docientas cerámicas acopiadas, tan sólo hemos creído conveniente considerar en torno a una cuarentena pertenecientes a diecinueve vasos diferentes, de hecho las únicas que presentan el adecuado interés para, a partir de su análisis formal y/o decorativo, determinar el rasero crono/cultural de quienes fueran sus usuarios. De ellas, al menos las tres cuartas partes pertenecen a los más sencillos diseños vasculares, cuenquiformes, mientras que el resto de las piezas corresponden a galbos, seguramente de algunos cuencos más, cuando no de otros vasos con las paredes más o menos entrantes; habiéndose identificado en último término dos fondos planos.

Al menos una veintena de piezas albergan algún tipo de decoración, entre la que, como más significativa, caben destacar los triángulos diseñados mediante líneas incisas, en cuyo interior se inscriben frisos corridos a base de pequeños trazos, incisos también, en forma de "S", cuando no cuños impresos en "C". Menudean asimismo las acanaladuras en paralelo al borde, apareciendo en algún caso, y en idéntica ubicación, series continuas de aquellas impresiones en "C" u otras composiciones a base de motivos yuxtapuestos de diseño oval. Por su singularidad, merece igualmente citar un pequeño baquetón jalonado a manera de línea cosida o espiga

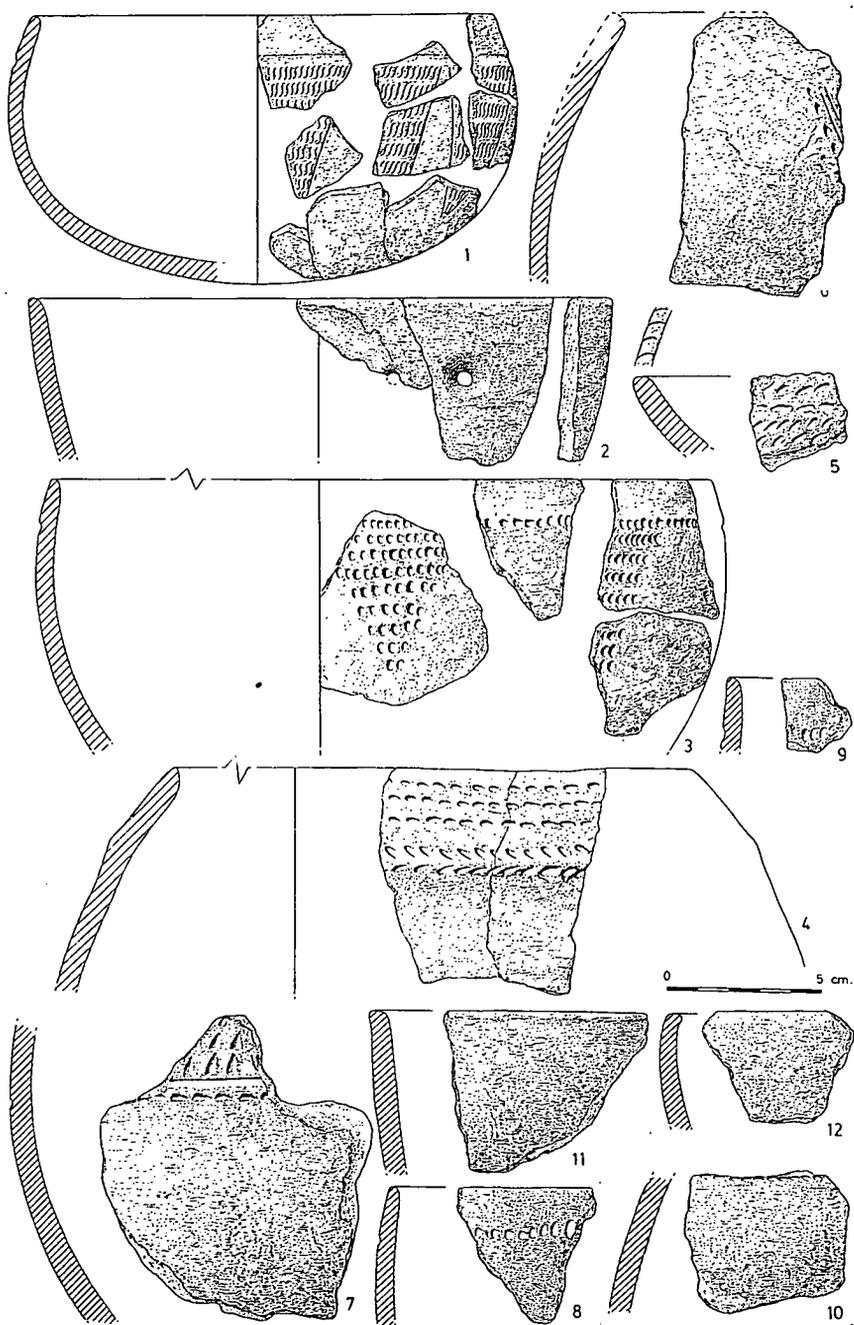


Fig. 4. Cerámicas de las Tres Ventanas.

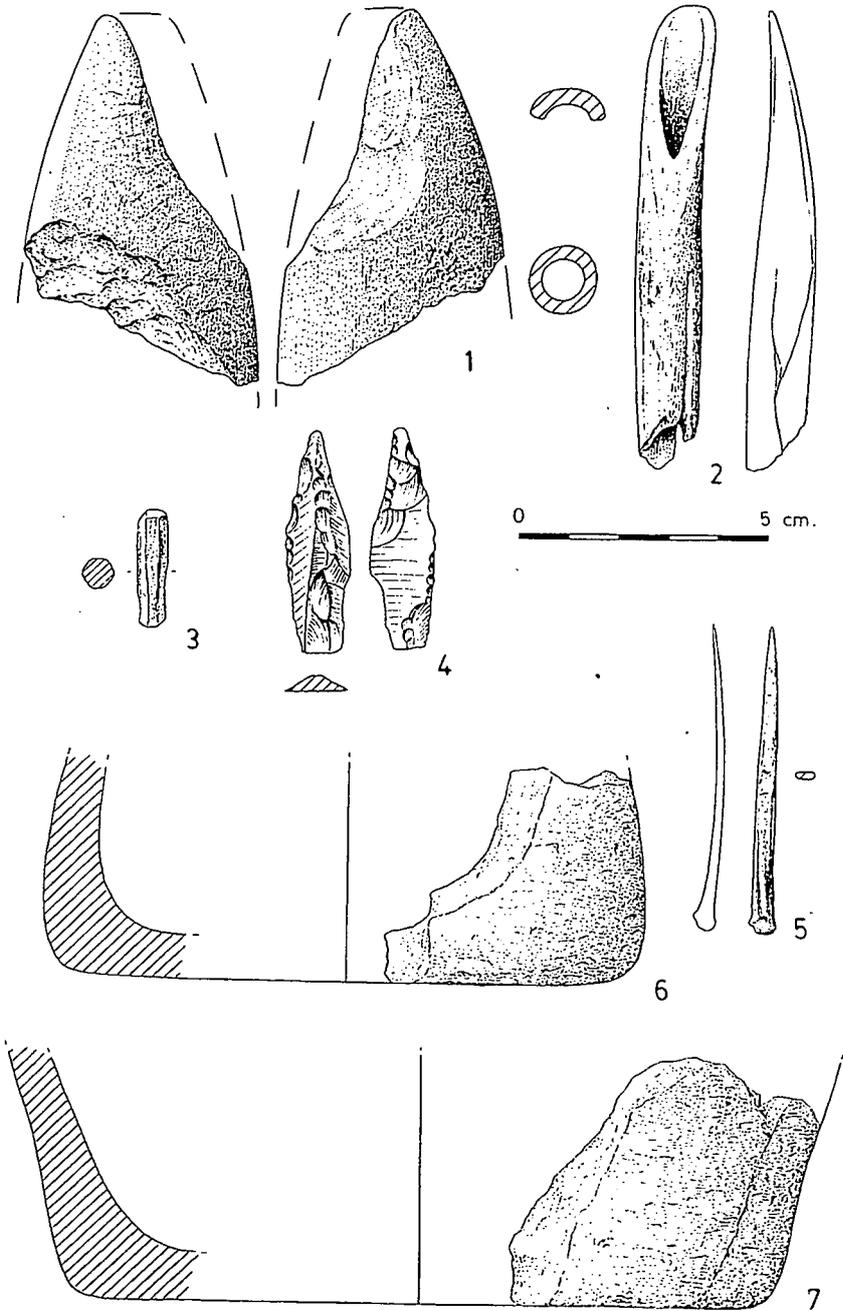


Fig. 5. Industria lítica, ósea y cerámicas de las Tres Ventanas.

por impresiones ovales, así como una doble incisión, oblicua al borde en este caso, flanqueada en uno de sus lados por una serie continua de puntos.

La industria lítica, por su parte, se resume en una laminita de sílex, seguramente un perforador o taladro y un pequeño prisma de cristal de roca, completada con un fragmento de hacha pulimentada de gneis. Comparecen también un punzón, un bruñidor y parte de una espátula de hueso, sobre soportes de ambigua definición, y ni mucho menos carecen de interés los restos antropológicos –una rótula, diversas piezas dentarias, una tibia, una clavícula, etc.– correspondientes al menos a tres individuos. Se ha recuperado asimismo una colección faunística de cerca de cuatro centenares de piezas que, en un principio clasificada bajo la mera tentativa visual por nuestro circunstancial arqueólogo (liebres, ovejas, murciélagos, ratones, topillos, pájaros...), cuenta hoy con el riguroso análisis que se presenta en el apéndice pertinente.

En fin, el celo de nuestro informante le llevaría, por último, a recoger las más recientes basuras (plásticos, colillas, envoltorios de papel...), exponentes de que la cueva ha seguido siendo visitada con regularidad. En este sentido se nos advierte de que algunos plásticos se hallaron a algo más de medio metro de profundidad, lo que vendría a revelar así la violación del yacimiento con anterioridad incluso al casi definitivo expolio que relatamos.

## LA CLASIFICACIÓN CULTURAL DEL YACIMIENTO

Tal como advertiéramos en las líneas introductorias, resulta obvio que la documentación que acabamos de describir y las circunstancias de su recogida, se presentan como absolutamente inapropiadas para efectuar un análisis riguroso del yacimiento. Ello no obsta, sin embargo, para que en una primera impresión, y no sin ciertas dudas, como veremos más adelante, podamos afirmar la vinculación del mismo a un horizonte cultural calcolítico precampaniforme, aquél que en el occidente de la Cuenca del Duero fuera bautizado como “Las Pozas”, o “Penha-Mairós” en el Tras-os-Montes lusitano. A tal diagnóstico nos lleva el estudio de los materiales cerámicos cuyas formas, básicamente, se ajustan a los diseños cuenqui-formes más o menos cerrados predominantes en aquellos ámbitos, como, sobre todo, la presencia en alguna de ellas de determinadas técnicas y organizaciones decorativas. En este sentido, adquieren especial significación los ornamentos a base de triángulos en secuencia horizontal, colgados en paralelo al borde y rellenos de impresiones con punzón o temas incisos diversos –los números 1 y 3 de nuestro inventario–, que en diversas variaciones –hasta veintisiete identifica S.O. Jorge (1986, 696) para la región de Chaves– se erigen en uno de los motivos predilectos de los repertorios vasculares de los inicios de la Edad de los Metales en aquel territorio. Sin necesidad por ello de efectuar un rastreo pormenorizado de paralelos, sirva enumerar los yacimientos de Pastoría, Mairós, San Lourenço o Buraco da Pala, en el norte de Portugal, los gallegos de Regueiriño y Lavapés, o los también coetáneos de Zamora (el epónimo de Las Pozas, por ejemplo) y Ávila, como alguno de los lugares donde se reconocen tales especies.

A partir de esta referencia, incuestionablemente sólida, pocas dudas existirían para afirmar que Las Tres Ventanas fué ocupada en algún momento del tercer milenio, y, en principio, parece que lo habría sido de forma exclusiva, si tenemos en cuenta que el resto de los materiales, muchos de ellos de escaso valor diagnóstico per se, podrían adscribirse sin demasiados problemas a esta misma órbita. Es bien sabido así que punzones y pulidores sobre soportes de hueso comparecen en cualquier contexto europeo correspondiente a la Prehistoria con cerámica (Rodanés, 1987); la presencia de industria lítica pulimentada hasta los inicios de los Metales está asimismo contrastada de manera universal, y otro tanto cabe apuntar a propósito de la perpetuación por entonces de la tallada, y muy especialmente de piezas tales como nuestro perforador. No se puede negar, en suma, un cierto sentido de unidad de todos los restos de cultura material, que sin embargo podría quebrarse desde el análisis más riguroso de algunos barros, cuatro en concreto.

Así, cabe aludir en primer término a los fragmentos correspondientes a sendos fondos planos (Fig. 5, 6 y 7) cuya rareza entre los repertorios cerámicos del calcolítico precampaniforme resulta manifiesta, tanto que, precisamente, dicha ausencia se ha utilizado como uno de los patrones generales para definir las forma cerámicas de estaciones trasmontanas de esta época tan señeras como Vinha da Soutilha, San Lourenço o Pastoria en el norte de Portugal, donde los diseños esféricos, semiesféricos y los cuencos de fondo convexo más o menos marcado son abrumadoramente mayoritarios (Jorge, 1986). A este respecto resulta de claridad meridiana la observación de S.O. Jorge (1986, 519 y 536) al reparar que en estos yacimientos –en Pastoria, por ejemplo– los recipientes de fondo plano surgirán en un segundo horizonte más moderno, ya con elementos campaniformes; de igual manera que en la estación zamorana de El Pedroso, lindando con Portugal, los mismos comparecen tan sólo en la ocupación correspondiente al Bronce Antiguo, brillando por su ausencia en el nivel calcolítico previo (información verbal de G. Delibes).

Aún sin constituir un argumento de enjundia, podría cuestionarse así la adscripción al más temprano calcolítico de estos dos vasos, ¿más modernos acaso?, si no fuera porque, excepto aquellos recipientes torneados, ningún otro documento arqueológico de la cueva que ha llegado a nuestras manos sugiere tal posibilidad. No descartamos por ello la sincronicidad de los mismos con el resto de las cerámicas acopiadas; una filiación que, sin embargo, resulta también legítimo cuestionar para otros dos fragmentos decorados (Fig. 4, 5 y 6), en su caso por una presumible mayor vetustez. La originalidad en el conjunto del primero de ellos –de sencillo esquema globular– estriba en la decoración, y más concretamente en la hombrera, marcada por un cordón con espiga impresa que en paralelo al borde circunda todo su perímetro. Y lo que ciertamente llama la atención del mismo es que este tipo de composición, como las plásticas en general, nunca gozaron de gran predicamento en los círculos precampaniformes en que aparentemente se mueve Las Tres Ventanas, en los que si comparecen lo hacen en muy pequeñas proporciones frente a las mayoritarias incisas, impresas o acanaladas. De hecho, a pastillas y algún fragmento provisto de mamelones cónicos se reduce su presencia en Las Pozas (Val, 1992); la prolija excavación del Buraco da Pala las limita al nivel IV, claramente neolítico (Sanches, 1995, 126), y sin necesidad de realizar un rastreo pormenorizado, expresiva resulta asimismo la observación de S.Oliveira (1986, 274) al referir la excep-

cionalidad de los ejemplares con cordones en el horizonte equivalente de la referida estación de Vinha da Soutilha.

Aunque infrecuentes, no deja de ser cierto, sin embargo, que existen algunos testimonios –cordones hay también, por ejemplo en la calcolítica Peña del Aguila, Avila (López Plaza, 1979)– de ornamentos de este tipo que, sea a duras penas, podrí­an justificar la adscripción calcolítica de la cerámica que analizamos, a no ser porque el motivo en ella plasmado ofrece un fácil rastreo entre conjuntos vasculares que sin paliativos se tildan hoy de neolíticos, y más en concreto entre los repertorios relacionados con la órbita del Neolítico de las Cuevas. Eludiendo la búsqueda de paralelos en ámbitos geográficos distantes, baste recordar que uno de estos baquetones con la misma decoración en espina se ha recogido en el yacimiento zamorano de La Perrona, Gema (Fernández Manzano, 1995); que hacen acto de presencia asimismo en las estaciones ha poco descubiertas de Villavaquerín y Pedrajas de San Esteban, ambas vallisoletanas (Iglesias *et alii*, 1996), sin olvidar, por lo demás, que los cordones, en diversas combinaciones decorativas, son fácilmente reconocibles en cualquiera de los yacimientos meseteños vinculados al Neolítico Interior –la cueva segoviana de La Vaquera (Zamora, 1976); cueva del Aire, madrileña (Fernández-Posse, 1980), o el abulense de la Peña del Bardal (Gutiérrez Palacios, 1962), entre otros– y que, a la postre, constituyen un préstamo de aquel neolítico andaluz.

No es por ello descabellado presumir una adscripción neolítica de esta pieza –sin ningún género de dudas la plantearíamos, en el caso de que hubiera correspondido a un hallazgo aislado–, la misma que cabría plantear para segundo de los fragmentos ahora considerados –el número 6 del inventario–, perteneciente a un sencillo vaso globular. En su caso, la decoración –apenas insinuada en un margen del fragmento– se concreta en una doble línea incisa que se acompaña por un friso conformado a base de pequeñas impresiones paracirculares a punzón. Al igual que la pieza precedente, la presencia de la misma en un único contexto, supuestamente calcolítico, no deja de resultar controvertida.

Y bien es verdad que el retazo ornamental que se conserva podría corresponder a uno de los lados de un triángulo colgado, tan reiterados como vimos en estos ambientes Las Pozas/Penha, aunque no lo es menos que los mismos se organizan bastante sistemáticamente en series unidas por el vértice, que no, como parece ocurrir en este caso, aislados. Pero sin duda, lo que más llama la atención de este desarrollo es la conjunción en un mismo esquema compositivo de las líneas incisas/puntos; un tipo de convención ignorada por los ceramistas calcolíticos que, por el contrario, se decantan por rellenar el interior de aquellos triángulos mediante rayados o detalles impresos en combinaciones diversas. Resulta razonable, de este modo, admitir se trata no más que de un motivo lineal que, como la pieza precedente, halla abundantes paralelos entre repertorios de época neolítica. En la cueva de La Vaquera menudean de hecho este tipo de ornamentos, orientados también en perpendicular al borde (Zamora, 1976, fig. XVII, 311; fig. XVIII, 338, etc.); se identifican –éstos o muy próximos– en la asimismo segoviana de La Nogaleta (Municio y Ruiz-Gálvez, 1986), mientras que, sin ninguna dificultad, tal combinación resulta fácilmente reconocible entre los registros postcardiales de algunas de las más renombradas estaciones del neolítico peninsular: Cova Fosca (Olaria, 1988, fig. 14), La Carigüela (Navarrete *et alii*, 1991, fig. 9, 15), etc.

Al hilo de estas consideraciones, se plantean diversas opciones para determinar el momento en que se ocupara Las Tres Ventanas; ninguna de ellas, en principio, con los suficientes apoyos para certificar su validez. Una primera alternativa pasaría por considerar la existencia de dos fases, tardoneolítica la más antigua, sobre la que se superpondría otra precampaniforme, o bien un exclusivo momento correspondiente a este último horizonte. A favor de la primera se contaría con el referente de los estudios cerámicos más atrás planteados, mas sin obviar que existen algunos inconvenientes para una abierta aceptación de la misma. Concretamente, el principal impedimento radica en la enorme dificultad de discriminar, además de los dos fragmentos referidos líneas atrás, otros materiales neolíticos, so pena de reducir la presencia allí de estas primeras gentes productoras a una circunstancial intrusión, tan testimonial que, apenas acaecida, sucumbió ante la llegada de nuevos influjos o contingentes humanos del inicio de los Metales. Una hipótesis viable pese a todo, pero que sin duda adquiriría mayor verosimilitud si el hallazgo –las dos cerámicas y acaso algún fragmento liso más– pudiera al menos arroparse entre otras evidencia arqueológicas de este mismo signo, tardoneolíticas, en la comarca berciana.

Poco aclara, no obstante, un ejercicio de esta naturaleza, toda vez que los hallazgos presumiblemente asignables a dicha fase son muy escasos, amén de ofrecer una entidad cultural muy desdibujada. Y tal es así, que este momento tan sólo aparece intuido a través del hallazgo aislado de unas pocas hachas pulimentadas –Cabañas Raras, Carucedo etc.– insuficientes a todas luces para defender allí la existencia de un poblamiento de la más mínima entidad a finales del IV milenio y la primera mitad del III, hoy seguramente indocumentado por ausencia de prospecciones. Pero frente a este dato negativo, no es menos cierto que junto a tradicional definición del neolítico al amparo del mundo de los megalitos, comienzan a cobrar cierto protagonismo una serie de estaciones de este signo, neolíticas, –las recopiladas por Suárez en Galicia, o las de la Meseta Norte (Iglesias *et alii*, 1996) y Portugal septentrional (Sanches, 1997)–, que pese a su escasa entidad, suponen un decidido avance para perfilar la secuencia cultural del período. En este sentido nos parece oportuno considerar yacimientos tales como el gallego de Lavapés (Peña, 1984), en tanto que allí se documentara una deriva en la que, bajo un nivel asimilable al más clásico Penha, con cerámicas incisas e impresas, subyace otro cuyos ornamentos cerámicos remiten a un horizonte del neolítico pleno. En Las Tres Ventanas, de esta manera, pudo acontecer otro tanto de lo que sucediera en Lavapés: una ocupación neolítica y ulterior reocupación del covacho, sea en solución de continuidad, cual estratigráficamente se documenta en el Buraco da Pala, sea a partir de la llegada de un Penha plenamente formado, aunque en todo caso, en dos momentos diferentes.

Y por esta opción nos decantaríamos, a partir de la rotundidad neolítica de las dos cerámicas consideradas; porque, como acabamos de ver, este tipo de ocupación recurrente no resulta extraña en el Noroeste, como porque en la cueva orensana de Pala da Vela –a poco más de una veintena de kilómetros en línea recta de las Tres Ventanas–, se documenta un nivel correspondiente al Neolítico Final cuya datación de  $4790 \pm 120$  y  $4500 \pm 35$  BP (Fernández *et alii*, 1996), podría convenir a esta más antigua presencia humana en nuestra cueva.

La interpretación en estos términos, no cierra, sin embargo, aquella otra alternativa, según la cual el paquete estratigráfico de época prehistórica, como cree

advertir nuestro informante Sr. Rodríguez, fue generado por una única ocupación, aquella del más precoz calcolítico. En este sentido no hemos de olvidar la frecuente alusión al “carácter neolitizante” de las cerámicas de tipo Las Pozas, las del propio yacimiento epónimo, por ejemplo (Val, 1992, 52), y aún de forma más genérica, la consideración de los inicios del calcolítico como una “fase de maduración” del sustrato neolítico (Jorge, 1986, 295-296), lo que ciertamente supone una cortapisa a la hora de establecer una frontera nítida entre una y otra etapa, y más aún en aquellos territorios donde, como en el nuestro, se cuenta con una información tan fragmentaria. La consideración unitaria, Neolítico Final/Calcolítico Inicial planteada, por ejemplo, para la secuencia de la Prehistoria Reciente de Asturias ante la imposibilidad de discernir una separación clara entre ambas fases, resulta harto significativa al respecto (Arias Cabal, 1995), como no lo es menos, la que en idéntico sentido propone M. J. Sanches (1997a, 33) para el nordeste de Portugal, y que coincide también con la observación de Pellicer (1992) cuando aborda este mismo tránsito en las tierras andaluzas, entre otros muchos ejemplos.

En nuestro intento de dar luz a esta cuestión nos parece oportuno recordar los más recientes trabajos de síntesis referidos a Galicia y el Norte de Portugal; aquellos de orden económico (Fábregas *et alii*, 1997) y secuencial (Fábregas y Ruiz-Gálvez, 1997), u otros elaborados exclusivamente desde esta última perspectiva (Suárez, 1997; Suárez *et alii*, 1998).

A manera de síntesis de lo que en estos últimos se plantea, y casi como un mero trasunto de lo que acontece en nuestra gruta, también el territorio galaico-portugués conoce una serie de ocupaciones de escasa potencia en las que, bastante indiferenciadamente comparecen cerámicas atribuibles al neolítico con otras supuestamente calcolíticas. Y tal acontece en el yacimiento orensano de Illa de Pazos (Suárez, 1997, 500-504) donde, frente a una posible ocupación recurrente del lugar en una y otra épocas, la proximidad formal del repertorio cerámico hace más razonable considerar la adscripción más moderna, calcolítica, para todo el conjunto. Lo que se vuelve a plantear, en definitiva, es la existencia de aquel período de transición entre ambos mundos, todavía con abundantes rasgos neolíticos en sus producciones alfareras, y entre las que, como novedad, se documentan ya los más típicos ornamentos, incisos e impresos, de los inicios del Cobre del cuadrante Noroeste peninsular, pero en el que todavía brillan por su ausencia las “sintaxis decorativas metopadas de tipo Penha” (Suárez, 1997, 501; Eguileta, 1997, 433). Un horizonte, en fin, que halla claras connotaciones en determinadas fases de ocupación de las citadas estaciones del noreste portugués –Berrocal Alto, Castelo de Aguiar, Vinha da Soutilha...–, y que Sanches (1977, 47), define, en el caso del nivel III de Buraco da Pala, como representativo de “...un momento de transición en términos artefactuales entre el neolítico final y el calcolítico inicial”, consensuándose que su desarrollo habría acaecido durante el segundo tercio del III milenio.

Asumimos, en todo caso, que esta hipótesis no posee mayor fuerza probatoria que la inicialmente planteada, por lo que en nuestro afán de dar luz a esta cuestión, y aún a sabiendas de las escasas posibilidades de éxito, no hemos desdeñado tampoco efectuar algún tipo de abordaje de la industria lítica del yacimiento, conocedores de que su evolución dentro de las economías productivas constituye un referente de innovaciones en los modos de vida y las estructuras sociales y mentales. A

decir de Carvalho (1995/96, 42), pese a que el arranque del Calcolítico se ha abordado sobre todo desde el análisis de componentes sociales –la aparición de la “complejidad”– y ciertos materiales –la cerámica y la metalurgia–, será la talla de la piedra, curiosamente subestimada para tal fin, una de los indicadores más nítidos para determinar el momento en que surgieran las sociedades no igualitarias en el occidente de Europa, entre el IV y III milenio. Según los esquemas generales al uso, matizables ciertamente (Arnáiz y Esparza, 1985; Arias, 1995; etc.), distinguirán a las producciones del Neolítico Antiguo y Medio las láminas de pequeño tamaño logradas a partir de núcleos prismáticos, lascas obtenidas por percusión directa, predominio del retoque abrupto..., en tanto que el retoque plano, hojas de grandes dimensiones, puntas de flecha y foliáceos, fabricados ya en espacios segregados de otros lugares de actividad, significarían a las industrias del término de ese mismo período e inicios del Calcolítico.

Precisar en esta secuencia la posición del perforador hallado en nuestra gruta –con retoque cubriente bifacial más concentrado en el extremo activo–, apenas si permitiría proclamar la distancia de esta pieza respecto a los del neolítico más temprano, aguzados siempre mediante el tradicional retoque abrupto (Martí y Juan, 1987, 62). El análisis formal, de esta manera, indeterminadamente nos remite a un ambiguo Neolítico Final/Calcolítico, sin otras posibilidades de efectuar una mayor precisión. Al respecto, no es mucho desde luego lo que aportan observaciones como la de Cava, por ejemplo (1984, 98), al señalar su frecuencia en época eneolítica, si a renglón seguido estudios como el de Soler (1991, 46-47) sobre los ejemplares del dólmen salamantino de La Veguilla reivindican para los mismos aquella posición “trascional” entre uno y otros períodos. Un encaje fiable en la pautada y convencional clasificación prehistórica al uso resulta de este modo controvertido, máxime a partir de lo ralo de la muestra. La consideración de la segunda pieza nos lleva a una situación similar.

Si como barruntamos constituye no más que un prisma sin huella alguna de manipulación que no sean las derivadas de su extracción de la roca madre –a éste, en concreto le falta el extremo apical–, su estudio quedaría solventado con el mero recordatorio de que estos objetos constituyen ofrendas habituales en contextos funerarios, muy particularmente dolménicos, aunque su presencia se prolongue hasta épocas bien posteriores (Fábregas, 1983, por ejemplo). Nada raro resultaría, por todo ello, pensar que nuestro cristal constituyera una pieza de ajuar de alguno de los enterramientos documentados en la gruta; una valoración que, sin embargo, resulta absolutamente intranscendente como indicador cronológico, dada la más que notable falta de fiabilidad de este tipo de objetos como fósil de referencia.

Tampoco es mucho, desde luego, lo que aporta la proyección del estudio faunístico de la cueva sobre la relativamente bien perfilada secuencia paleoeconómica del noroeste peninsular (Fábregas *et alii*, 1997). En la muestra, importante ciertamente pese a su fragmentación, la cabaña doméstica está representada por ovicaprinos (39,7%), vacuno (26%) y cerdo doméstico (8,7%); destacando entre los restos cinegéticos el ciervo (12%), seguido del corzo (10%) y más lejos especies tales como jabalí, zorro, marta y conejo. Con algunas variaciones, esta relación no supone sino un correlato de la fauna documentada en el nivel neolítico de la citada gruta de la Pala da Vela, resultando ser, por lo demás, la base de la que se recogiera en las

estaciones calcolíticas del mismo territorio o la documentada, por ejemplo, en Las Pozas (Morales, 1992). En suma, el reflejo de un proceso de intensificación económica, de consolidación del sistema agropastoril acaecido a partir del neolítico avanzado e inicios de la Edad de los Metales, sin que sea posible discriminar, dentro de una trayectoria relativamente homogénea, las pautas de aprovechamiento pecuario asignables a una y otra etapas. La atribución Neolítico/Calcolítico que se propone en el pertinente estudio paleontológico resulta sin duda la más adecuada.

Llegados a este punto, hemos de reconocer nuestra incapacidad para precisar la clasificación crono/cultural del yacimiento, a no ser para afirmar que conoció una ocupación calcolítica precampaniforme. La cuestión a resolver pasa una vez más por fijar un límite en una deriva cultural continua, en un tiempo en el que casi ninguno de los distintivos culturales que a escala general acoge –intensificación económica, con creación de excedentes, tendencia a encastillar los hábitats, incremento de la especialización artesanal... (Delibes y Fernández Manzano, 2000)– se hacen notar ni aquí ni aún a nivel comarcal de manera explícita. Sin posibilidad por el momento para efectuar otras precisiones de orden cronológico, lo que sí parece razonable asumir ahora es que la colonización de la cueva debió acaecer en ese momento, entre finales del IV<sup>o</sup> milenio y primera mitad del III<sup>o</sup>, cuando, coincidiendo con un crecimiento demográfico propiciado por la economía de acumulación, el registro advierte una ocupación bastante generalizada del territorio, no sólo en el Noroeste, sino a escala peninsular.

## LA CUEVA DE LAS TRES VENTANAS EN EL CONTEXTO DE LA PREHISTORIA RECIENTE DEL NOROESTE

El inexcusable análisis normativo nos ha permitido de este modo aproximarnos a la posición crono/cultural del yacimiento, a la vez que nos revela que en las Tres Ventanas se hallan las evidencias firmes, las únicas de hecho, de la implantación de la economía productiva en las tierras bercianas. Ello, a renglón seguido, nos da pie a preguntarnos acerca del modo en que la misma arraigara.

Al respecto, acaso no esté de más recordar que hasta hace no mucho tiempo, la presencia de los más precoces agricultores y ganaderos en la comarca se suponía tan sólo merced a la documentación de cerámicas de tipo andaluz, de la Cultura de las Cuevas, en el suroeste de Asturias, donde supuestamente “colonos o influencias meridionales habrían arribado tras deambular previamente por el oeste de la provincia de León” (Delibes y Fernández Manzano, 1983). La presumible existencia de cerámicas neolíticas en Tres Ventanas, posibilitaría incluir la comarca en la dinámica del Neolítico Interior (Fernández-Posse, 1980), proyectado acaso desde la Cuenca del Duero, o bien desde el occidente galaico-portugués, en ambos casos subsidiarios de aquel neolítico sureño. Su presencia en territorios ibéricos más septentrionales se cifra hoy de forma no demasiado precisa entre el último tercio del IV milenio, coincidiendo aquí, por lo demás, con la implantación del fenómeno funerario megalítico. Se documentaría así una afluencia neolítica en la hoya berciana que seguramente no hubo de comportar una “colonización” *ex novo* desde los inicios holocenos, tal como deja constancia el hecho de que en el propio municipio

de Corullón, en Veiga do Muin, ahora en la margen derecha del río Selmo, se tenga constancia de un pequeño conjunto lítico que, a decir de sus estudiosos (Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997, 369-370), remite a tiempos epipaleolíticos, sin descartar una ligera posterioridad.

Es probable de este modo que fuera sobre este tan diluido sustrato poblacional sobre el que habrían cuajado las primeras experiencias neolitizadoras, en un proceso explicable al amparo del manido, que no sobrepasado, discurso difusionista; acaso mediante un procedimiento de aculturación por fricción entre poblaciones vecinas. A este respecto, no carece de atractivo la idea de vincular nuestro yacimiento con las cada vez más numerosas estaciones -de carácter funerario esencialmente- que se documentan en el norte de la provincia de Zamora, en las tierras de Vidriales, y aún más si cabe con aquellas -Lorga de Dine, por ejemplo, ubicada en las márgenes del río Teula (Sanches, 1997, est. I)- que, también en ocasiones de ambigua clasificación neolíticas/calcolíticas, jalonan los afluentes del Duero en el noreste lusitano, nacidos en sierras próximas a aquellas donde se encuentran las fuentes de los emisarios meridionales del Sil, caso del Cabrera, vecino en su desembocadura a la del Burbia.

Aún asumiendo la provisionalidad de los datos, hilvanamos una deriva cultural para los tiempos postpaleolíticos en la zona cuyo inicio, representado por Veiga do Muin, se beneficia cronológicamente de la datación obtenida en la estación lucense de Xestido III (Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997, 380), del 7310+-160 BP. Por referencias también de cronología cruzada, a partir de la reiterada secuencia galaico/portuguesa, cuanto de la proyectada desde la Meseta Norte (Estremera, 1999; Delibes y Fernández Manzano, 2000), la más antigua ocupación de Tres Ventanas (caso de que la misma se hubiera producido durante el neolítico final) debió acaecer al término del IV milenio.

De lo que tenemos plena seguridad, en todo caso, es de que el enclave conoció una presencia calcolítica precampaniforme -acaso la única- que bien pudo corresponder a aquel "momento de transición" neolítico/calcolítico, el más precoz calcolítico en rigor, cuya cronología se ha cifrado en el noroeste entre el 2700/2500 a.C. La misma conocerá su ocaso coincidiendo con la aparición de cerámicas con ornamentos "penteados", ausentes en nuestra caverna. Será entonces, hasta finales del milenio, cuando el calcolítico, personalizado en el Grupo Penha-Mairós y su equivalente meseteño de Las Pozas, adquiera auténtica carta de naturaleza, desprendido ya de muchos sesgos neolíticos. Cuestiones tales como si la caverna siguió ocupada en tiempos posteriores, hasta el Bronce Antiguo incluso, si atendemos aquellas dos cerámicas de fondo plano, o el tipo de relación entre el hábitat y los enterramientos resultan prácticamente irresolubles, por más que represente un tipo de yacimiento en gruta, lugares de hábitat a al vez que de enterramiento -los referidos de Lorga de Dine o la Pala da Vella, entre otros muchos-, habituales por entonces y aún hasta la Edad del Bronce en todo el norte peninsular. Sea como fuere, se asiste en todo caso a un proceso de "calcolitización" adquirido acaso por el mismo procedimiento difusionista que planteáramos para el neolítico. Se trataría así de un foco derivado -vía meseta norte, o bien desde el occidente-, muy reticente por el momento a manifestar sus distintivos culturales; tanto que en todo el territorio berciano tan sólo es posible vislumbrarlo a partir del puñado de cerámicas que presentamos.

Esta misma soledad del yacimiento, cuanto la ausencia de documentos clave, caso de un diagrama polínico, hace poco propicio profundizar en cuestiones relativas a la ocupación y explotación del territorio, so pena de reducir nuestro comentario a meras generalizaciones. Evidente de hecho resulta la bondad del lugar elegido para el asentamiento, próximo al río, y con acceso inmediato a recursos tales como los pastos, el bosque y la caza cuanto, a menos de un kilómetro, en la margen contraria del río, de campos potencialmente idóneos –alfisoles formados por arcillas y materiales detríticos de génesis terciaria y cuaternaria– para el cultivo de cereal. Y no sería descabellado, asimismo, pensar en que la cueva se ocupó estacionalmente durante el estío, teniendo en cuenta la orientación casi al norte de ambas bocas, tan poco favorable para soportar los meses de invierno.

En sentido estricto, así pues, nada más que un mero comentario sobre el que, dada la indefinición de los sedimentos arqueológicos excavados, nos está vedado cualquier otro tipo información de mayor calado, a no ser aquella que, en un futuro, pueda derivarse de la realización de alguna datación radiocarbónica y, más oportunamente, de la excavación de los sedimentos aún conservados antes de su definitiva destrucción.

## APÉNDICES

### 1. La industria lítica

– Lámina de sílex: de forma piramidal con la base de sección triangular. 47 mm. de longitud por 10 de anchura máxima. Posee retoques planos en la mitad superior; muy nítidos en el recorrido de la arista media de la cara dorsal, asomando asimismo en los rebordes de ambas caras, sobre todo en el ápice. Se trata por ello de un perforador o taladro montado sobre una lámina en cresta (fig. 5, 4).

– Prisma de cristal de roca: 24 mm de longitud y 7 mm de anchura máxima. Da la sensación de presentar algún tipo de retoque en uno de sus extremos, lo que, de ser así, lo acercaría a la condición de los denominados útiles de “arista diédrica” (fig. 5, 3).

– Fragmento de hacha pulimentada correspondiente a una zona próxima a la base. Ofrece hoy un esquema cercano a un triángulo escaleno. Mineralógicamente, es un gneis veteadado con cuarzo-pedernal en el que afloran algunos cristales de marquesita; un tipo de roca bastante frecuente en el entorno inmediato del yacimiento (fig. 5, 1).

### 2. Material cerámico

De todos los barro recuperados, cerca de dos centenares y medio, se detallan tan sólo aquellos susceptibles de aportar alguna especificidad, sea de orden formal y/o decorativa. La mayor parte de los mismos, de hecho, carecen de tales potencialidades por su pequeño tamaño.

– Cuenco de paredes bastante verticales, con el borde ligeramente reentrante. De pasta fina y superficie externa bruñida, su boca posee un diámetro de 152 mm, en tanto que la altura alcanza los 92 mm. La reconstrucción del mismo se ha efectuado a partir de 26 fragmentos, 17 de ellos decorados, que han posibilitado detallar en su totalidad todo el sistema ornamental. En concreto, a apenas dos centímetros del borde, y circundando todo el perímetro aparece una línea acanalada bajo la cual cuelgan, unidos por la base, una serie continua de triángulo isósceles cuyos vértices radialmente se orientan hacia el umbo. Su interior alberga bandas de pequeños trazos incisos, en “S”, dispuestas en paralelo a la base (Fig. 4, 1).

– Cuenco de paredes un poco abiertas. Desarrolla un diámetro en la boca próximo a los 200 mm, y se caracteriza por su pasta poco cuidada, de gruesos desgrasantes y diferentes tonalidad en superficie, seguramente debida a una imperfecta cocción. Conserva en un fragmento de borde, a unos 25 mm y con una similar separación entre ambas, sendas perforaciones concebidas para alojar algún elemento de suspensión, en cuyo caso se repetirían en el lado contrario (Fig. 4, 2).

– Cuenco de características formales muy afines al nº 1. Reitera asimismo aquel esquema decorativo, si bien en éste, el acanalado perimetral se sustituye por una banda realizada a base de pequeñas impresiones con un cuño, en “C”, una suerte de boquique, que se emplea también para plasmar las series paralelas que rellenan el interior de los triángulos 225 mm. de diámetro (Fig. 4, 3).

– Borde correspondiente a un vaso cerrado. Bajo el mismo, en paralelo, ostenta tres líneas construidas mediante pequeños motivos impresos de esquema oval. Un poco más abajo se repiten esos temas, ahora organizados mediante dos líneas a manera de espiga o línea cosidad que jalonan un pequeño baquetón. La curvatura del fragmento permite suponer un diámetro próximo a 26 mm (Fig. 4, 4).

– Cuenquito de paredes abiertas. Reitera la misma decoración, a base de impresiones ovalares, de pieza anterior, careciendo, sin embargo, de cualquier tipo de resalte superficial o cordón. Los óvalos de cada fila se orientan de forma muy diversa y comparecen también en el labio (Fig. 4, 5).

– Fragmento de borde correspondiente a un vaso de paredes algo entrantes. En uno de sus flancos asoma un ornamento determinado por una doble línea incisa, oblicua al borde, jalonada una de ellas por una fila de pequeñas impresiones paracirculares (Fig. 4, 6).

– Panza de cuenco. En el exterior un acanalado horizontal en torno al que se organiza, hacia arriba, series de impresiones casi triangulares en perpendicular a aquél, y bajo la misma en una sólo fila paralela (Fig. 4, 7).

– Bordos de cuencos de paredes casi rectas. Los dos primeros, a unos pocos centímetros del borde y en paralelo al mismo, cuentan con un friso unilíneo compuesto de impresiones en “C” (Fig. 4, 8 y 9).

– Fragmento de cuenco. Posee una línea horizontal con pequeñas impresiones. Corresponde acaso a la parte inferior de una banda espigada (Fig. 4, 10).

– Bordos de dos cuencos lisos. El uno de paredes rectas y el segundo ligeramente entrantes (Fig. 4, 11 y 12).

– Fondos planos de recipiente, de entorno a 120 y 140 mm. de diámetro. Del primero arrancan unas paredes convergentes hacia el borde que, contrariamente, se abren en el segundo. Secciones gruesas, como gruesos son igualmente sus desgrasantes. Superficies toscas (Fig. 5, 6 y 7).

### 3. Industria ósea

Las piezas fabricadas con este soporte se concretan en dos punzones y otros tantos fragmentos de sección aplanada que, sin ningún tipo de seguridad por la falta de rebordes, pensamos pudieron corresponder a espátulas o alisadores. Los rasgos de los primeros se concretan de la manera que sigue:

– Punzón, o quizá mejor bruñidor de base articular y sección anular. Con el extremo distal biselado, carece de base, y el trozo conservado alcanza una longitud de 94,9 mm por 13,7 mm de diámetro. Está fabricado seguramente sobre una tibia de ovicaprino (Fig. 5, 2).

– Pequeño punzón, un poco cruvado. 64 mm de longitud y 7 mm de anchura en la base, bajo la apófisis. Posee una sección plano-convexa (Fig. 5,5).

### BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS CABAL, P. (1995): “La cronología absoluta del Neolítico y el Calcolítico de la Región Cantábrica. Estado de la cuestión”, *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología* 6, pp. 15-39.
- ARNAIZ ALONSO, M. A. y ESPARZA ARROYO, A. (1985): “Un yacimiento al aire libre del Neolítico Interior: El Altoter de Modúbar (Burgos)”, *BSAA*, LI, 5-45.
- BERNALDO DE QUIRÓS GUIDOTTI, F., NEIRA CAMPOS, A. Y FERNANDEZ RODRÍGUEZ, C. (1997): “Panorama del Paleolítico Superior y Epipaleolítico en el Norte de la Cuenca del Duero”, en BALBIN, R. y BUENO, P. (Eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Tomo I. Paleolítico y Epipaleolítico, Zamora, pp. 367-382.
- CARVALHO, F. de (1995-96): “O talhe de pedra e a transição Neolítico-Calcolítico no centro e sul de Portugal: tencologia e aspectos da organização da produção”, *Trabalhos de Arqueología da EAM*, 3/4, Lisboa, pp. 41-70.
- CAVA, A. (1984): “La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional”, *VELEIA*, Vitoria, pp. 51-146.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1983): “Calcolítico y Bronce en tierras de León”, *Lancia*, I, pp. 19-52.
- (2000): “La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte: principales hitos de un proceso” en OLIVEIRA JORGE, V. (coord.) *Pré-Historia Reciente da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular*, pp. 95-122, Vila Real, Porto.
- EGUILETA FRANCO, J.M. (1997): “Prehistoria Reciente de la Baixa Limia gallega (Ourense, Galicia): propuestas para un análisis en el espacio y en el tiempo”, en BALBÍN y BUENO (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Zamora, pp.425-436.
- ESTREMERÁ PORTELA, S. (1999): “Sobre la trayectoria del Neolítico Interior: precisiones a la secuencia de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)”, *II Congreso del Neolítico a al Península Ibérica. Saguntum*, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, Extra-2, pp. 245-250.
- FABREGAS VALCARCE, R. (1983): “Los prismas de cuarzo en la cultura megalítica del Noroeste de la Península Ibérica”, *Brigantium*, 4, pp.7-11.
- FABREGAS VALCARCE, R., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. y RAMIL REGO, P. (1997): “La adopción de la economía productora en el noroeste ibérico”, en RODRÍGUEZ CASAL, A. (Ed.) *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo*, Santiago de Compostela, pp. 463-484.

- FABREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (1997): "El noroeste de la Península Ibérica en el IIIer y IIº milenios: propuestas para una síntesis", *SAGUNTUN*, 30, Homenaje a la Pra.Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscá, pp. 191-216.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1994-1995): "Cerámicas neolíticas en Tierras de Zamora: La Perrona (Gema) y Fuentes de San Pedro (Villafáfila)", *Brigecio*, 4-5, pp. 51-59.
- FERNANDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, Mª D. (1980): "Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)", *NAHisp.*, 10, pp.39-64.
- FERNANDEZ RODRIGUEZ, C., VILLAR, R., VARELA, P., REY, J.M. y ELORZA, M. (1996): "Primeros datos cronológicos y paleontológicos del yacimiento de Pala da Vella (Biobra, Ourense)", en RAMIL-REGO, P., FERNANDEZ RODRIGUEZ, C. y RODRÍGUEZ GUITIAN, M. (coords.), *Biogeografía Pleistocena-Holocena de la Península Ibérica*, Santiago de compostela, 1996, pp. 249-260.
- GUTIÉRREZ PALACIOS, A. (1962): "El poblado eneolítico de la Peña del Bardal. Diego Alvaro (Ávila). Campaña de 1958", *VII CNArq.*, Barcelona, 1960, Zaragoza, pp. 162-167.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J. C., ROJO GUERRA, M. y ÁLVAREZ PERIÁÑEZ, V. (1996): "Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la submeseta Norte", en *RUBRICATUM*. I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra, 1995, vol. 2, pp. 721-734.
- JORGE, S.O. (1986): *Povoados da Pré-história Recente da Região de Chaves-Vª Pº de Aguiar*, Porto, 1986.
- LÓPEZ PLAZA, S. (1979): "Aportación al conocimiento de los poblados Eneolíticos del S.O. de la Meseta Norte Española: la cerámica", *Setubal Arqueológica*, vol. 5, pp. 67-102.
- MARTI OLIVER, B. y JUAN CABANILLES, J. (1987): *El Neolític Valencià. Els primers agricultors i ramaders*, Servei d'Investigació Prehistòrica Diputació de Valencia, Valencia.
- MORALES MUÑIZ, A. (1992): "Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de "Las Pozas" (Casaseca de las chanas, Zamora). Campaña 1979", *BSAA*, LVIII, pp. 65-96.
- MUNICIO, L. y RUIZ-GALVEZ, M.L. (1986): "Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte: Las cerámicas decoradas de la Cueva de La Nogaleda, Villaseca (Segovia)", *Numantia*, II, pp.143-157.
- NAVARRETE, M.ª S., CAPEL, J., LINARES, J., HUERTAS, F. y REYES, E. (1991): *Cerámicas neolíticas de la provincia de Granada. Materias primas y técnicas de de manufacturación*, Monografías de Arte y Arqueología, Universidad de Granada.
- OLARIA, C. (1988): *Cova Fosca. Un asentamiento mesoneolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo*, Monografíes de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 3, Catellón.
- PELLICER CATALAN, M. (1992): "Una visión sintética de la Historia de andalucía: Neolítico-Bronce Reciente", *Spal*, 1, pp.99-105.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1984): "Yacimiento de Lavapés (Cangas de Morrazo). Balance de las excavaciones 1981-82", *Pontevedra Arqueológica*, 1, pp.149-164.
- RODANES VICENTE, J. M. (1987): *La industria ósea prehistórica en el valle del Ebro*, Colección Arqueología y Paleontología, 4; Serie Arqueología Aragonesa. Diputación General de Aragón. Zaragoza.
- SANCHES, M. de J. (1995): "*O abrigo de Buraco da Pala (Mirandela) no contexto da Pré-história Recente de Trás-os-Montes e Alto Douro*", Porto, Tesis Doctoral, inédita.
- (1997): *Pré-História Recente de Tras-Os-Monte e Alto Douro. O abrigo do Buraco da Pala (Mirandela) no contexto regional*, Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia, Porto.
- (1997a): *Ocupação Pré-histórica do Nordeste de Portugal*, Fundación Rei Alfonso Henriques. Serie Monografías y Estudios, Zamora.
- SOLER, J. (1991): "La industria lítica del dólmen de La Veguilla (Salamanca)", *BSAA*, LVII, pp. 9-52.

- SUAREZ OTERO, J. (1997): "Del yacimiento de A Cunchosa al Neolítico en Galicia. Primera aproximación al contexto cultural de la aparición del megalitismo en Galicia", en RODRÍGUEZ CASAL, a. (ed.), *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Santiago de Compostela, pp. 485-506.
- SUAREZ OTERO, J., CARBALLO ARCEO, L.X. y AMIL BALTASAR, J. C. (1998): "El Neolítico en Galicia: Nuevas evidencias y nuevas perspectivas", *Madridrer Mitteilun-gen*, 39, pp. 1-13.
- VAL RECIO, J. del (1992): "El yacimiento precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas (Zamora)", *BSAA*, LVIII, pp. 47-65.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones en la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias (Segovia)*, Diputación Provincial de Segovia.

## 1. Informe Antropológico

Francisco PASTOR VÁZQUEZ

Departamento de Anatomía Humana. Universidad de Valladolid

1. Vértebra axis (n.º 7): vertebra erosionada perteneciente a un individuo entre 7 y 10 años.
2. Vertebra torácica 2 (n.º 9): vértebra perteneciente a un individuo adulto con osteofitos en ambos laterales del borde superior del cuerpo vertebral.
3. Vertebra torácica n.º 6 (n.º 5): vértebra perteneciente a un individuo adulto con artrosis incipiente en bordes anteriores superior e inferior del cuerpo vertebral.
4. Vértebra que podría corresponder a torácica 4 ó 5 (n.º 3): corresponde a un individuo de entre 6 y 11 años.
5. Metacarpiano 2º izquierdo (n.º 46): pertenece a un individuo adulto.
6. Falange proximal del primer dedo del pie derecho (n.º 47): pertenece a un individuo adulto.
7. Costilla derecha 5ª o 6ª (nº 27): pertenece a un individuo joven.
8. Costilla derecha 3ª (nº 32): pertenece a un individuo adulto.
9. Costilla izquierda 6ª o 7ª (nº 28): pertenece a un individuo adulto.
10. Costilla derecha 4ª (nº 26): pertenece a un individuo adulto.
11. Húmero izquierdo (nº 22): pertenece a un individuo adulto.
12. Incisivo medial superior derecho (sin numerar): de un individuo adulto.
13. Canino superior izquierdo (sin numerar): corresponde a un individuo adulto.
14. Molar 2.º inferior derecho (sin numerar): pertenece a un individuo joven.
15. Molar 2.º inferior derecho (sin numerar): pertenece a un individuo adulto. Presenta abrasión.

Al tratarse de piezas óseas aisladas, y en algunos casos fragmentadas, no es posible determinar el sexo, la talla ni la robustez.

## 2. Informe Faunístico

C. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Área de Prehistoria. Universidad de León

La muestra que hemos estudiado es la que se conserva en el Museo del Bierzo de Ponferrada, que parece corresponder a la totalidad de lo recuperado en la

intervención de principios de los ochenta. Los restos, excepto en muy limitado número, no presentan ninguna referencia de procedencia. Su estado de conservación es muy semejante en toda la serie estudiada, y el conjunto resulta muy homogéneo en cuanto a especies representadas y a grado de fragmentación de los restos, por lo que en principio partimos del supuesto de su pertenencia a una única fase ocupacional.

Además de los macromamíferos, la muestra incluye un importante volumen de restos de micromamíferos, muy pocos de peces y más de 300 piezas óseas de aves, mayoritariamente *passeriformes*. Entre las aves de mayor tamaño hemos constatado la existencia de restos de *Columba* sp. y *Corvus corone*, si bien ninguno de los restos avianos presenta marcas que denoten un aprovechamiento antrópico de los mismos.

### *Análisis*

Los macromamíferos identificados en la muestra se indican en la Tabla 1. Hay un total de diez especies representadas, cuatro domésticas y seis silvestres. El predominio en cuanto a número de restos corresponde a los ovicaprinos domésticos, si bien es el ganado vacuno el que presenta el mayor aporte cárnico (casi el 58.0% del peso total de los restos).

Los restos identificados tan solo suponen el 18.0% del conjunto total, lo que parece poner de manifiesto una recuperación no selectiva del material, aspecto también apreciable en el tamaño de los restos no identificables, entre los que se incluyen un considerable volumen de pequeñas esquirilas de diáfisis, lo que se refleja en el peso de los mismos, ya que los identificados van a superar el 45.0% del total.

Hay que señalar, por otra parte, que la muestra ósea presenta en general un fuerte grado de fragmentación, siendo escasas las medidas que han podido tomarse (recogidas en el Apéndice I).

Si consideramos los grupos tafonómicos presentes, desde la perspectiva del origen deposicional de la misma (Gautier, 1987), el primer grupo definido, en el que se agrupan los restos de desperdicios alimenticios, sería el más abundante, y en el mismo habría que incluir todas las especies domésticas y los ungulados y lagomorfos silvestres.

Los restos de carnívoros (zorro y marta o foina) plantean una problemática diferente, ya que no es clara su obtención con fines alimenticios. Es probable que deban ser incluidos en el grupo 3 definido por Gautier, en el que se incluyen los restos de esqueletos animales que no han sido objeto de consumo antrópico, suponiendo que se trate de ejemplares cazados para utilizar, por ejemplo, sus pieles, y no se haya aprovechado su carne. Tampoco puede descartarse que se trate de ejemplares intrusivos contemporáneos a la fase ocupacional (grupo 4 de Gautier), principalmente en lo que se refiere al mustélido, especie que en la actualidad todavía sigue realizando madrigueras en el interior de las cavidades de esta zona.

	NR	%	NM I	P	%
<i>Bos taurus</i>	57	26.0	2	1007	58.0
<i>Ovis aries</i>	4		3	18	
<i>Ovis/Capra</i>	80	39.7	4	223	15.9
<i>Capra hircus</i>	3		2	36	
<i>Sus domesticus</i>	19	8.7	2	61	3.5
<i>Cervus elaphus</i>	27	12.3	2	271	15.6
<i>Capreolus capreolus</i>	22	10.0	2	71	4.1
<i>Sus scrofa</i>	2	0.9	1	41	2.4
<i>Vulpes vulpes</i>	1	0.5	1	1	0.1
<i>Martes sp.</i>	3	1.4	1	5	0.3
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1	0.5	1	1	0.1
<b>Total determinados</b>	<b>219</b>	<b>17.9</b>		<b>1735</b>	<b>45.3</b>
Indeterminados	1006	82.1		2095	54.7
<b>TOTAL</b>	<b>1225</b>	<b>1225</b>		<b>3830</b>	

Tabla 1. Distribución de los restos por especie. Se indica el número de restos (NR), el número mínimo de individuos (NMI) representados y el peso (P) en gr. Así como la frecuencia relativa del NR y del P.

### *Bos taurus*, L.

El ganado vacuno ocupa el segundo lugar en cuanto a número de restos determinados (el 26.0% en el conjunto), mientras que es el primero (el 58.0% del total) en lo referente a la biomasa de sus restos. Los elementos esqueléticos representados (Tabla 2) se encuentran dominados por las evidencias dentales, siendo escasos los elementos apendiculares, aspecto que podemos poner en relación con la ya señalada alta fragmentación ósea que presenta la muestra analizada. La finalidad alimenticia se refleja en la presencia de marcas de carnicería documentadas en alguno de los restos.

Neurocráneo	1 / 1
Mandíbula + dientes aislados	11 / 2
Sínfisis mandibular	1 / 1
Cóndilo mandibular	1 / 1
Atlas	1 / 1
Vértebras torácicas	2 / 1
Vértebras lumbares	9 / 2
Costillas	5 / 1
Carpales	2 / 1
Metacarpo	2 / 1
Pelvis	5 / 2
Astrágalo	1 / 1
Centrotarsal	1 / 1
Cuneiformes	1 / 1
Metatarso	7 / 1
Metapodio indeterminado	1 / 1
Falange primera	4 / 2
Falange segunda	2 / 1
<b>Total</b>	<b>57 / 2</b>

Tabla 2. Distribución de los restos de *Bos taurus* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Las edades de sacrificio (Tabla 3) indican la presencia de un ejemplar adulto y otro juvenil. Este reducido número de ejemplares no permite obtener ningún tipo de conclusiones de carácter general acerca de la cría de este ganado.

Atribución	Adulto	Subadulto	Juvenil	Infantil
	>24 m	6-24 m	2-6 m	0-2 m
Neol/Calc	1	-	1	-

Tabla 3. Edad de los ejemplares de *Bos taurus*.

### *Ovis aries*, L. / *Capra hircus*, L.

Los restos de ovicaprinos domésticos son los más abundantes en la muestra recuperada en Tres Ventanas, con un valor relativo que casi supone el 40.0% del total. Su aportación cárnica a la dieta, en base a la biomasa de los restos, se vería superada por la correspondiente al ganado vacuno, y escasamente supondría el 16.0% del total, aventajando muy escasamente el aporte que se realizaría mediante la caza de ciervos. Las partes del esqueleto representadas se indican en la Tabla 4.

La representación de las diferentes partes del esqueleto resulta bastante homogénea, si bien es posible apreciar un predominio de las partes del esqueleto más resistentes (dentaciones y tarsales por ejemplo), que lógicamente son las que han

	<i>Ovis</i>	O / C	<i>Capra</i>
Clavija/Cuerna		2/1	
Maxilar+dientes aislados		5/2	
Mandíbula+dientes aislados	1/1	6/2	1/1
Cóndilo mandibular		2/1	
Axis		2/2	
Vértebras cervicales		6/1	
Vértebras torácicas		3/1	
Vértebras lumbares		8/1	
Costillas		7/2	
Escápula		1/1	
Húmero		3/1	
Radio		5/2	
Ulna		1/1	
Carpales		3/1	
Metacarpo		5/2	
Pelvis		1/1	
Tibia		7/4	
Astrágalo	3/2	1/1	1/1
Metatarso		5/2	1/1
Metapodio indeterminado		3/1	
Sesamoide proximal		1/1	
Falange primera		2/2	
Falange segunda		1/1	
<b>Total</b>	<b>4/3</b>	<b>80/4</b>	<b>3/2</b>

Tabla 4. Distribución de los restos de *Ovis/Capra* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

podido superar los procesos de presión (posiblemente pisoteos) que han producido la extremada fragmentación de otros elementos esqueléticos.

Las edades de sacrificio (Tabla 5) parecen señalar una cierta preferencia por ejemplares que no han alcanzado la edad adulta, con una considerable presencia de sacrificios de juveniles e incluso infantiles unido a la existencia de sacrificios de corderos y cabritos, lo cual parece estar poniendo de relieve un aprovechamiento cárnico de estas especies, predominando frente a la explotación de otros productos secundarios. Un porcentaje de ejemplares se mantendría hasta edades adultas para asegurar la regeneración del rebaño.

Atribución	Especie	Adulto	Subadulto	Juvenil	Infantil
		>24 m	6-24 m	2-6 m	0-2 m
Neol/Calc	<i>Ovis</i>	2	-	-	1
	<i>O/C</i>	1	2	1	-
	<i>Capra</i>	1	-	1	-

Tabla 5. Edad de los ejemplares de *Ovis/Capra*

La alta fragmentación de los restos nos ha impedido reconocer el sexo de los ejemplares representados, aunque sí hemos podido calcular la talla de algunas ovejas y de un cáprido (Tabla 6), utilizando los factores propuestos por Teichert (1975) para *Ovis aries* y por Schramm (1967) para *Capra hircus*.

Especie	Hueso	LM (mm)	Factor	H Cruz (cm)
<i>Ovis</i>	Astrágalo	29.2	22.68	66.2
<i>Ovis</i>	Astrágalo	31.1	22.68	70.5
<i>Ovis</i>	Astrágalo	29.4	22.68	66.7
<i>Capra</i>	Metatarso	107.4	5.34	57.4

Tabla 6. Altura en la cruz de ejemplares de *Ovis/Capra*.

Los valores obtenidos parecen señalar tallas menores para el ganado caprino que para el ovino, si bien los datos con que contamos son tan exigüos que no permiten realizar una valoración global sobre este aspecto.

### *Sus domesticus*, L.

Los restos de suido doméstico presentan unos valores bajos frente a los dos grupos principales de ovicaprinos y bovinos, no alcanzando el 9.0% del total de identificados ni el 3.5% del aporte cárnico conjunto, siendo superado en ambos valores no sólo por las otras especies domésticas sino también por los cérvidos (*Cervus* y *Capreolus*) obtenidos mediante prácticas cinegéticas. En la tabla 7 se señalan las partes del esqueleto representadas, donde se observa un claro predominio de los elementos dentales y los fragmentos de falanges, reflejo nuevamente de la alta fragmentación de la muestra.

Maxilar+dientes aislados	2/1
Mandíbula+dientes aislados	5/2
Atlas	2/1
Metacarpo IV	1/1
Tibia	1/1
Astrágalo	1/1
Metapodio indeterminado	2/1
Falange primera	5/1
<b>Total</b>	<b>19/2</b>

Tabla 7. Distribución de los restos de *Sus domesticus* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Los dos ejemplares representados en la muestra se adscriben al grupo de subadultos (Tabla 8), lo que parece poner de manifiesto que la cría de suidos se realizó con una finalidad de aprovechamiento cárnico.

Atribución	Adulto	Subadulto	Juvenil	Infantil
	>21 m	12-21 m	3-12 m	0-3 m
Neol/Calc	-	1	1	-

Tabla 8. Edad de los ejemplares de *Sus domesticus*.

Ningún resto nos ha permitido conocer el sexo de los individuos sacrificados, y tan sólo un astrágalo ha permitido obtener la altura en la cruz del ejemplar de procedencia (Tabla 9), para lo que se ha utilizado el factor propuesto por Teichert (1969) para esta especie. Nada destacable indica el resultado obtenido.

Hueso	LM (mm)	Factor	H Cruz (cm)
Astrágalo	41.3	17.9	73.9

Tabla 9. Altura en la cruz de ejemplares de *Sus domesticus*.

### *Cervus elaphus*, L.

El ciervo es la especie silvestre mejor representada, con más del 12.0% del total de restos identificados y con casi el 16.0% de la biomasa total, superando incluso en representatividad al ganado de cerda (Tabla 10).

Dientes aislados superiores	1/1
Atlas	1/1
Costillas	1/1
Húmero	1/1
Radio	2/1
Carpales	1/1
Metacarpo	1/1
Calcáneo	1/1
Cuneiformes	2/1
Metatarso	4/2
Metapodio indeterminado	2/1
Falange primera	4/1
Falange segunda	5/1
Falange tercera	1/1
<b>Total</b>	<b>27/2</b>

Tabla 10. Distribución de los restos de *Cervus elaphus* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

A partir de estos restos, únicamente podemos señalar la presencia de un ejemplar adulto y otro infantil (Tabla 11), sin que sea posible precisar ni el sexo ni ningún otro tipo de dato.

	Adulto	Subadulto	Juvenil	Infantil
<b>Atribución</b>	<b>&gt;23/27 m</b>	<b>12/24-23/27 m</b>	<b>5/12-12/24 m</b>	<b>0-5/12 m</b>
Neol/Calc	1	-	-	1

Tabla 11. Edad de los ejemplares de *Cervus elaphus*.

El corzo es el otro cérvido representado, con el 10.0% del total de restos identificados y el 4.0% de la biomasa total, superando, al igual que el ciervo, al ganado de cerda en ambos índices. Las partes del esqueleto representadas (Tabla 12) vuelven a aparecer dominadas por las piezas dentales aisladas y los fragmentos de maxilares y mandíbulas, siendo escasos los elementos del esqueleto postcraneal, correspondiéndose éstos con partes duras que han resistido los procesos postdeposicionales que han favorecido la fragmentación de los restos óseos.

Dientes aislados superiores	3/2
Mandíbula+dientes aislados	6/2
Cóndilo mandibular	2/1
Radio	1/1
Pelvis	1/1
Tibia	1/1
Metatarso	2/1
Metapodio indeterminado	1/1
Falange primera	3/1
Falange segunda	1/1
Falange tercera	1/2
<b>Total</b>	<b>22/2</b>

Tabla 12. Distribución de los restos de *Cervus etalplus* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Las evidencias dentales nos indican que los ejemplares cazados se correspondían con un adulto y un subadulto (Tabla 13), sin que sea posible precisar ni el sexo ni ningún otro tipo de dato referente a los mismos.

	Adulto	Subadulto	Juvenil	Infantil
<b>Atribución</b>	<b>&gt;23/27 m</b>	<b>12/24-23/27 m</b>	<b>5/12-12/24 m</b>	<b>0-5/12 m</b>
Neol/Calc	1	1	-	-

Tabla 13. Edad de los ejemplares de *Capreolus capreolus*.

### *Sus scrofa*, L.

El jabalí está representado por tan solo dos restos (Tabla 14). Su presencia permite atestiguar nuevamente el desarrollo de la actividad cinegética, si bien, y en función al número de restos, ésta no parece centrada en esta especie tan peligrosa.

Dientes aislados superiores	1/1
Húmero	1/1
<b>Total</b>	<b>2/1</b>

Tabla 14. Distribución de los restos de *Sus scrofa* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Tan solo el canino superior nos permite señalar su pertenencia a una hembra, sin que sea posible precisar ningún dato más.

### *Vulpes vulpes*, L.

Únicamente se ha determinado un resto, un premolar inferior (P<sub>4</sub>), correspondiente a zorro (Tabla 15).

Dientes aislados superiores	1/1
<b>Total</b>	<b>2/1</b>

Tabla 15. Distribución de los restos de *Vulpes vulpes* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Su presencia puede responder a una actividad cinegética orientada hacia especies que presentan un interés por sus pieles, en cuya obtención posiblemente tendrían cierta importancia la utilización de técnicas de trapeo. No obstante, no podemos obviar la posibilidad de un aprovechamiento cárnico de la misma (hecho que se ha mantenido hasta fechas recientes en esta misma zona geográfica), si bien la inexistencia de elementos postcraneales con marcas de descarte tampoco permite por el momento respaldar esta hipótesis.

***Martes martes / Martes foina, L.***

Los restos de marta o foina tampoco son muy abundantes en la muestra (Tabla 16), y en ningún caso hemos podido determinar si la especie determinada es la marta (*Martes martes*) o la foina o garduña (*Martes foina*), si bien las conclusiones que podemos alcanzar es la misma en cualquiera de ambos casos.

Dientes superiores aislados	1/1
Húmero	1/1
Radio	1/1
<b>Total</b>	<b>3/1</b>

Tabla 16. Distribución de los restos de *Martes* sp. por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

La presencia de esta especie puede responder, al igual que lo indicado para el zorro, al resultado de una actividad de trampeo dirigida a la obtención de especies peleteras. En este caso, y como ya señalamos, tampoco puede dejar de tenerse en cuenta la posibilidad de que nos encontremos ante los restos de un animal que haya establecido su madriguera en el interior de la cueva, sin que exista ningún tipo de intervención antrópica en su muerte.

***Oryctolagus cuniculus, L.***

Las especies silvestres están también representadas por este pequeño lagomorfo, del que tan solo se ha constatado un único resto (Tabla 17).

Calcáneo	1/1
<b>Total</b>	<b>1/1</b>

Tabla 17. Distribución de los restos de *Oryctolagus cuniculus* por partes del esqueleto (-/- indica el NR y el NMI).

Su presencia también puede ser el reflejo de una actividad de trampeo en la que, como hemos visto, se pudo obtener una amplia variedad de especies de pequeño tamaño. En principio, parece lógico considerar una finalidad de tipo alimenticio para los conejos obtenidos, de los que también podría haberse aprovechado la piel.

**Comentario**

Los datos obtenidos nos indican la existencia de una cabaña ganadera formada por los grupos básicos de bovinos, ovicaprinos y suidos, si bien con un claro predominio de los dos primeros componentes, y una presencia bastante reducida del ganado porcino.

El aprovechamiento de los recursos faunísticos silvestres se centra básicamente en los cérvidos (ciervos y corzos), con un aporte cárnico aparentemente muy importante. Además, se constata también la presencia de jabalí, si bien con una importancia mucho más limitada en el sistema subsistencial.

La práctica de las técnicas de trapeo para la obtención de especies de pequeño tamaño queda puesta de manifiesto en la presencia de *Vulpes*, *Martes* y *Oryctolagus*. Es posible que los carnívoros estén reflejando el aprovechamiento de las pieles, siendo el conejo una especie tradicionalmente objeto de consumo alimenticio, si bien tampoco puede excluirse el posible empleo de su piel.

Nos encontramos por tanto ante un sistema subsistencial en el que el desarrollo de la cabaña ganadera ya presenta un nivel destacable, basada principalmente en el vacuno y lanar. Pero la actividad cinegética todavía ocupa parte importante en el mismo, centrada de forma notable en la batida de cérvidos y posiblemente complementada con el trapeo para la adquisición de especies de pequeño tamaño de las que se podrían aprovechar tanto sus pieles como su carne.

### **Bibliografía**

- GAUTIER, A. (1987): "Taphonomic Groups: How and Why?". *Archaeozoologia*, I: 47-52.
- SCHRAMM, Z. (1967): "Long bones and height in withers of goat". *Roczniki Wyzszej Szkoły Rolniczejw Poznani*, 36: 89-105.
- TEICHERT, M. (1969): "Osteometrische Untersuchungen zur Berechnung der Widerristhöhe bei vor-und frühgeschichtlichen Schweinen". *Kühn-Archiv*, 83: 237-292.
- (1975): "Osteometrische Untersuchungen zur Berechnung der Widerristhöhe bei Schafen". En A. T. Clason (Ed.). *Archaeozoological Studies*. North-Holland Publishing Company, Amsterdam; 51-69.



Vista del roquedal donde se ubica la Cueva de las Tres Ventanas. A su pie el río Burbia.